

## CUARTA PALABRA

*«Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?» (Mc 15,34)*

Este tiempo de crisis hace resonar, quizás como nunca antes esta que más que una lamentación, es una plegaria sálmica de Jesús crucificado. Seguramente nos sentimos identificados con estas palabras.

En muchas de nuestras regiones, particularmente las de periferia, en medio de las restricciones y privaciones que ha traído la pandemia, se siente con mayor crudeza el avance de los males crónicos que aquejan nuestra patria.

Particularmente quisiera referirme a las violencias que siguen segando las vidas de mujeres, jóvenes, niños, campesinos, indígenas, afrodescendientes. En medio de la lucha irracional de grupos armados que procuran tener el control de los territorios, los que llevan todas las de perder son los pobladores que, inermes, sólo tienen su palabra y su fe para resistir las agresiones con las que conviven diariamente.

Es una relación tan desigual, de tanta impotencia, que seguramente puede suscitar la pregunta: “¿Dónde está Dios en esta situación?”. El sentimiento de abandono en medio de la prueba puede llevar a la desesperanza, al derrotismo, a creer que no hay salidas.

Sin embargo, en la mayor oscuridad, pendiendo de la Cruz, Jesús no se está lamentando, tampoco reniega de Dios. Acude a los salmos. Esta palabra es el versículo 2 del salmo 22. Cuando experimenta la máxima vulnerabilidad, Jesús reza, conecta su corazón con el Padre, de quien sabe puede recibir fortaleza.

En esta plegaria de Jesús, somos incluidos todos, en la cruz, Jesús está asumiendo todos nuestros sufrimientos, también los de quienes padecen la injusta violencia. Él ora por nosotros y con nosotros; nuestro dolor no le es ajeno. Oremos también nosotros con Él. Cuando la prueba llegue a la puerta, conectémonos con Jesús crucificado e invoquémosle.

A medida en que se avanza en la oración del salmo, la súplica se vuelve confianza: *«Porque no miró con desprecio ni sintió repugnancia por el humilde; no le ocultó su rostro, y cuando le pedía auxilio lo atendió»* (v. 25).

No perdamos, pues, la fe y la esperanza en la tribulación. Dios es presencia permanente. Y aunque pareciera que es mayor la fuerza de los violentos, de los que buscan imponerse sembrando muerte y destrucción, proclamemos con el salmista: *«...sólo el Señor reina [...] ante él se inclinarán todos los mortales»* (vv. 29-30).

Por más agresivo y dañino que sea el dominio por parte de los obradores del mal, no será para siempre. Todo pasa, sólo Dios permanece.

Cada persona que en las comunidades golpeadas por la violencia sigue aferrada a sus principios y resiste con las armas de la fe, es un motivo de esperanza. No todo está perdido. Como dice san Pablo: *«No te dejes vencer por el mal; por el contrario, vence al mal a fuerza de bien»* (Rm 12,21). O el Papa Francisco nos animó durante su visita a Colombia: *«Basta una persona buena para que haya esperanza. Cada uno de nosotros puede ser esa persona»*.